

der (o incluso plantearse) preguntas como ésta haría falta un profundo conocimiento filosófico que no tiene el que esto escribe. Por ello, sólo nos resta felicitar al autor, por el coraje intelectual de plantearse las que muestra en esta obra.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

DE FIORES, STEFANO, *Trinità, mistero di vita, esperienza trinitaria in comunione con Maria* (San Paolo, Cinisello Balsamo, Milano 2001), 319p., ISBN 88-215-4536-9.

Nos encontramos ante un interesante ensayo de este autor bien conocido por sus contribuciones en el campo de la mariología entre las que destacan, además de sus estudios sobre Luis María Grignon de Montfort, *Maria nella teologia contemporanea* (Roma 1991³), *Maria Madre di Gesù. Sintesi storico salvifica* (Bologna 1998⁴), así como la dirección del *Nuovo Dizionario di Mariologia* (Cinisello Balsamo 1999⁷).

Parte el autor de la necesidad de recuperar en la teología espiritual tres aspectos fundamentales. Por una parte lo «experiencial» algo que todavía suena mal para ciertas sensibilidades por sus connotaciones luteranas o modernistas. En segundo lugar, el lenguaje trinitario. Algunos autores han hablado de una «vuelta a la patria trinitaria», tras el exilio que se ha vivido durante determinados períodos. Y, por último, lo mariano, que se mueve hoy entre una sospecha ya sistemática y crónica (y quizás algo acrítica) por parte de ciertos ámbitos de la teología; algo de olvido desde la teología más académica y —en el extremo contrario— un cierto restauracionismo que añora una mariología de títulos y privilegios, poco ecuménica y poco relevante para el creyente de nuestro tiempo. La obra que presentamos se sitúa entre estos tres redescubrimientos. Concretamente, De Fiores reflexiona sobre la presencia de María en un itinerario espiritual (experiencial) en el que se acentúa (como no podría ser de otra manera) la dimensión trinitaria de nuestra fe.

Para ello, parte nuestro autor de un análisis de los diversos modelos o paradigmas espirituales que aparecen en el Nuevo Testamento, desde el *hombre más que justo* de Mateo o el *hombre diaconal* de Lucas, hasta el *hombre biófilo* de Juan. Lógicamente, entre todos los paradigmas, o como modelo perfecto de todos ellos, aparece la figura de Jesucristo, cualitativamente superior, hombre espiritual por excelencia.

Posteriormente analiza nuestro autor la experiencia teologal de María, su relación profunda, plasmada maravillosamente en el pasaje de la Anunciación, con el Padre (a quien obedece y a cuyo plan de salvación se adhiere generosamente), con el Hijo (con quien establece una relación materna y también de discipulado) y con el Espíritu (de quien se convierte en portadora y reveladora en un período en que —según J. Jeremías— los rabinos pensaban que la acción del Espíritu se había terminado).

De Fiore analiza a continuación una serie de modelos espirituales en los que quedan de manifiesto diversas formas de relacionarse, de vivir, de expresar e incluso de celebrar lo trinitario. Se trata fundamentalmente de tres tipos de modelos: modelos introductivos al misterio de la Trinidad (*modelli introduttivi*) entre los que destacan los modelos doxológico, mistagógico, eucarístico y contemplativo; modelos comunionales con las personas trinitarias (*modelli comunionali*) como el modelo agápico, sponsal y perijorético; y, por último, modelos de compromiso y donación a la Trinidad (*modelli dell'impegno e del dono*), entre los que destacan los modelos antropológico, social, iconográfico y consecratorio. En cada uno de los modelos el autor señala algunos ejemplos muy significativos y sugerentes.

A partir de aquí se nos presenta cómo el Dios trinitario entra en contacto con el ser humano a través del acontecimiento dialógico que supone la nueva y definitiva alianza en Cristo. Pues bien, dentro de ese marco, María se convierte en el icono antropológico de respuesta al amor trinitario, a la oferta salvífica de Dios expresada en el evento Cristo. Para De Fiore, la figura de María (tal y como nos la presenta la Escritura y la Tradición, al margen de exageraciones desenfocadas) tiene una referencia trinitaria esencial que, de algún modo, debería plasmarse en la teología, en la piedad, en la liturgia y en las representaciones marianas de todo tipo. Por ello María se convierte para el creyente en modelo del «hombre relacional», del ser humano abierto radicalmente al otro y al Otro. Ya Montfort decía de María que era *toda relativa a Dios*.

Nuestro autor destaca después la presencia de María, tanto por su carácter de modelo, como por la intercesión maternal, en el itinerario espiritual del creyente. Ese itinerario viene trazado siguiendo los momentos sacramentales, desde el bautismo al orden, pasando por la eucaristía, momento fuerte en el que el creyente se incorpora plenamente a la pascua de Jesucristo, culmen de la nueva Alianza. María aparece como modelo de la actitud del creyente ante la eucaristía: escucha, adoración, contemplación, participación y cercanía al misterio.

Resulta, en mi opinión, muy positivo el hecho de que aparezcan los sacramentos como piedras miliare del proceso espiritual del creyente. Muchas veces lo sacramental se halla ausente, o no suficientemente destacado, en la literatura espiritual, como si lo espiritual no tuviera nada que ver con la dinámica encarnatoria, eclesial y sacramental de la salvación. El autor destaca, además, otras vías, no paralelas sino confluyentes con lo sacramental, que muestran también la presencia de María como icono antropológico de la alianza. Quizás este apartado (cap. XIV) resulta un tanto repetitivo en relación a lo visto en los capítulos VI-VIII).

Por último, el autor describe la presencia de María en la meta del proceso espiritual que acaba de describir. Esos estadios finales de la unión con Dios (lo que De Fiore denomina *traguardi di vita mistica trinitaria in comunione con Maria*) vienen expresados de diversos modos: como experiencia de Dios, como comunión sponsal, como identificación y transformación en Dios.

Los últimos capítulos de esta interesante obra están dedicados a la vida perijorética, es decir, a la vida espiritual que asume como norma y como criterio fundamental la entrega, la donación, tal y como vive la Trinidad. Visto de este modo, la Trinidad deja de ser un axioma extraño, filosófico, abstruso, algo que no tiene nada que ver con la vida y con las preocupaciones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para convertirse en un programa de vida. Son bien conocidas, en este sentido, las frases de L. Boff

(*nuestro verdadero programa social es el de la Trinidad*) y de J. Moltmann (*la comunión del Dios trinitario es también la matriz y el espacio vital de la comunión libre de los hombres y mujeres*). El cristiano está llamado a vivir perijoréticamente, a encontrarse y realizarse en el otro (hombre relacional) y a construir así la cultura del amor frente a los grandes retos y amenazas de nuestro tiempo, propios de una cultura egoística que fomenta un modelo de ser humano abocado a la cerrazón y la muerte. Una vez más, María aparece como modelo de esa vida perijorética. Ella, llena del Espíritu, da a luz al Hijo y hace carne los designios salvíficos del Padre, convirtiéndose así en icono de una nueva humanidad.

En definitiva estamos ante un ensayo serio, bien estructurado y bien documentado. Por lo general el autor huye de los excesos mariológicos que tanto daño han hecho a una sana mariología y nos devuelve la convicción de que las verdades marianas no son dogmas accesorios, adornos innecesarios en el *corpus* de la fe, sino plasmaciones de la buena noticia de la salvación en Cristo, único mediador entre Dios y los hombres. También, como el mismo autor señala en diversas ocasiones, la figura de María nos sirve de aviso frente a toda tentación de sabor gnóstico y nos pone delante la realidad de la encarnación, auténtica, real.

Sólo nos queda, por tanto, felicitar cordialmente al autor por esta obra que supone, sin duda, una buena aportación a la reflexión mariológica.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

ENEBRAL CASARES, ANA MARÍA, *Vocabulario de palabras y experiencias místicas* (Madrid: Peso-Press, 2003), 83p., ISBN 84-86444-17-9.

Como eco de la elaboración en Roma del *Dizionario di mistica* surgió la idea de elaborar un diccionario en castellano, si bien, como reconoce la autora en la Introducción, partiendo de planteamientos más sencillos. Es su objetivo «facilitar la sencillez de una mística vivida en medio del mundo... Dios está en todas partes y al mundo hay que santificarlo sin huir de él» (p.9). Para ello se sirve de la recopilación de algunas de las palabras más comúnmente empleadas en el lenguaje vulgar, aunque con algunas omisiones: las de mayor intimidad, las más cultas y las más conocidas. Considera la autora, con todo, que este vocabulario no es tanto para ser «leído», sino para detenerse a reflexionar en algunas voces.

Aporta un total de ciento treinta y nueve entradas donde lo que se busca es la sencillez y brevedad expositivas, sin aparato crítico, lo cual hace que el texto pueda ser leído y comprendido por un vasto público. Se advierte cierta tendencia a la repetición en su selección —«sentimientos» y «sentir» o «dones» y «gracias» cada uno con su pertinente entrada, escasamente diferenciada—. Del mismo modo, faltan términos que probablemente interesasen a los lectores actuales, en especial los relacionados con los fenómenos paramísticos o con la «deificatio» o «endiosamiento», términos de actualidad por el interés creciente que suscitan las mujeres místicas.

La autora lo advierte al inicio: no estamos ante una obra erudita. Eso se deja notar en cada una de las voces, cuyo correcto planteamiento y desarrollo ofrece información de interés, información que el lector agradece pero que, sin embargo, deja la insatisfacción de querer saber más y carecer de los instrumentos necesarios para ello.